

EL PROFESOR FEDERICO DE ONIS

El Diario Ilustrado-Santiago, 22/Junio/57

Mi relación personal con el Profesor de Onís data desde hace veinte años, cuando en 1937 llegué por primera vez a Nueva York, siendo estudiante de la Universidad de Columbia y me inscribí en sus cursos. Llevaba para él una carta de presentación de otro de mis grandes amigos y maestros, el escritor chileno Arturo Torres-Ríos, Profesor de Literatura Hispano-Americana de la Universidad de California, y mi calidad de egresado del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile.

Con él aprendí a amar y a comprender el valor de la cultura hispana, el significado profundo del rico y variado folclore español e hispanoamericano, expuesto con la sencillez y la "difícil facilidad" del ilustre maestro, en los famosos lauros del Instituto de las Españas. En esa Casa, cuyo recuerdo está siempre vivo y latente en mi memoria y en mi corazón, como debe estarlo también en todos los que fuimos sus discípulos, nos reuníamos semanalmente a escuchar su palabra, a or conferencias de los más destacados escritores y filólogos de habla hispana, y después, dirigidos en un coro que el Profesor de Onís conducía personalmente con entusiasmo de artista, entonábamos las canciones villancicos y otras populares de España y América.

El contacto personal con el maestro y las demás conferencias enriquecieron nuestras vivencias y nuestro mundo intelectual. El lo sabía, y por eso estimulaba con su presencia y su ejemplo a todos los estudiantes. Habla con entusiasmo, vitalidad, fuerza, en una palabra, sensación de vida. Las sesiones se prolongaban hasta más de la medianoche y aunque la noche o nevaba en el crudo invierno neoyorquino, jamás faltábamos a estas reuniones literarias de los Lunes Inolvidables. Después, en su curso sobre "El Quijote" nos deleitaba con su aguda interpretación del hidalgo manchego, y en su seminario para la Tesis de Master o Doctoral nos entrenábamos con el maestro implacable, riguroso, serio y exigente. De cada uno de nosotros, él exigía perfección. No disculpaba un detalle ni una

errónea acentuación. En esa forma, nos despertó el amor y la devoción por el trabajo de exactitud en las investigaciones literarias, creando en nosotros los elementos y la solidez para una acertada investigación científica.

La "Casa de las Españas" en la calle 117 y Lexington, como cariñosamente la llamábamos, era el recinto sobrio y sereno de las formas más expuestas de la cultura. Era, además, nuestro hogar espiritual. Una biblioteca selecta y completa de las obras principales de España y América, arte, pintura, escultura, un fichero bibliográfico que dio origen a la más completa bibliografía de autores hispano-americanos y españoles, a la cual todos ayudábamos con nuestro pequeño aporte de estadísticas a continuar, guiados por la luz intelectual de nuestro gran amigo y maestro. De ese esfuerzo en conjunto fue como nacieron las famosas Monografías, publicadas más tarde por el Instituto de las Españas y entre las cuales figuran los estudios conocidos sobre García Lorca, Gabriel Miró, Valle-Inclán, Pablo Neruda, Gabriela Mistral, Guzmán Prada, Pedro Salinas, Eugenio Florit, Mariano Latorre, etc. Onís es y sigue siendo un convencido de que el trabajo en cooperación es el mejor incentivo para alcanzar el fin deseado. A su noble iniciativa y a su mentalidad progresista debemos los chilenos la publicación de la obra poética de Gabriela Mistral en la forma de un libro, Desolación, hecha en 1952 por el Instituto de las Españas en Nueva York, por primera vez.

Siete años de estudios bajo su acertada e inteligente dirección, completaron mi formación profesional y académica en el campo especializado de Literatura y Lengua de la Universidad de Columbia.

En 1946, entonces iniciaba mis estudios para el Doctorado en Letras, siempre bajo su dirección, tuve el privilegio de hospedarme en su casa en donde viví todo el semestre. Allí conocí a don Federico, íntimo. Su hogar, secundado admirablemente por su ilustre esposa, Henriette de Onís, de simpática, culta y sensibilidad exquisitas y de renombre como traductor

de las obras literarias de Hispano-América, me mostró como aspecto del catedrático que tanto queríamos y que tanto admirábamos: el español, padre amante y hombre de hogar. Este ambiente de quietud y de refinada cultura, distinción y sencillez que forman los altos valores morales y del espíritu, es el que yo tuve la suerte de disfrutar, junto a ellos.

En 1953 volví a saludarlo en Nueva York. Eran momentos difíciles que surgían inesperadamente en el destino de todo ser humano. El "challenging spirit" que poseo y que fue en gran parte, formado en sus aulas, me dio valor para seguir luchando. Llegué hasta el día tarde a contarle mi angustioso problema. Con bondad infinita me recibió el maestro y amigo, y escuché sus sabios consejos. Inspirada por esa actitud de confianza y amistad que me unía hacia el viejo y sabio maestro, seguí el camino trazado por él y con gran valentía triunfé.

Por todo ello, como ex alumna suya y como amiga, mi deuda de gratitud es inmensa. Sus enseñanzas han dejado en mí, como en el resto de sus discípulos esparcidos por el mundo, una profunda huella de rectitud, honestidad, devoción a los estudios y un amor entrañable por este mundo hispanico, que tiene tanta belleza y tanta emoción.

MAGDA ARCE FERNANDEZ

El profesor Federico de Onís [artículo] Magda Arce Fernández.

Libros y documentos

AUTORÍA

Arce, Magda autora

FECHA DE PUBLICACIÓN

1957

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El profesor Federico de Onís [artículo] Magda Arce Fernández. 1 hoja ; 25 cm.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile